

TRES RELATOS BREVES

CUENTOS EXTRAÍDOS DEL LIBRO *ELLA ES COMO EL DÍA Y OTROS TEXTOS*,
DE JOSÉ VÍCTOR MARTÍNEZ GIL (CON AUTORIZACIÓN DEL AUTOR)
EDICIÓN DIGITAL: 2015. EDICIONES COMOARTES

José Víctor Martínez Gil.*

PERDONADA

Ella lo confesó todo. Lo necesitaba. Tenía tantas cosas acumuladas que su conciencia era un bloque de hormigón. Se ubicó en el reclinatorio del confesionario, no esperó ni medio segundo cuando a través de la rejilla y entre sollozos lo soltó todo. Al final agarró su bolso, y salió del confesionario con la misma velocidad con la que había llegado. Avergonzada pero aliviada. Alejándose rápidamente del confesionario. Del confesionario vacío.

EL VESTIDO

Ella vio cómo él se alejaba. Era el último adiós. Quizá por eso se puso ese vestido que le sentaba tan bien. A pesar de todo era un día de fiesta. Él se veía cada vez más pequeño en la distancia y en el corazón de ella, y ella, viceversa. Sobre todo cuando él intentó ponerle la mano encima la última vez y ella por primera vez lo golpeó fulminantemente con la mirada al mismo tiempo. Él no pudo esquivar ese golpe, y le dijo adiós creyéndose que decidía. Pero en realidad habían decidido los ojos de ella. El sol estaba radiante, y en el parque había no poca gente. Gente invitada sin querer a un día de fiesta. Quizás, por eso, por fin, pudo ponerse ese vestido que le sentaba tan bien.

* José Víctor Martínez Gil es narrador oral, con una reconocida trayectoria. Es el Director Ejecutivo de la Cátedra Itinerante Iberoamericana de Narración Oral Escénica, fundada por Francisco Garzón Céspedes. Premio Iberoamericano «Chamán», además de arquitecto. Reside en España.

MUJER TANTEÓ EL SUELO

La mujer, con sus pocos más de veinte años, se encontraba sentada en el banco de un par-que. Era el mediodía, y lo esperaba a él. Ilusionada como quien espera a Los Reyes Magos. Continuamente pasaban niños y sus voces, gritos, risas, carreras, juegos, la llenaban cada vez más de ilusión. A su espalda el paso del vendedor de algodones de azúcar la hizo voltear y le pidió dos, rosas. A las tres de la tarde, los algodones ya estaban derretidos. A las cinco, los algodones ya estaban debajo del banco. A las siete, la mujer desdobló su bastón para marcharse. Tanteó el suelo. Y se prometió a sí misma no dejar de creer en Los Reyes Magos.